

Calle filosofía, sin número

Javier López Alós

EL ETERNO RETORNO DE LA ARMONÍA PREESTABLECIDA

El alma sigue sus propias leyes y el cuerpo, asimismo, las suyas, pero convienen entre sí en virtud de la armonía preestablecida entre todas las sustancias, puesto que todas ellas son representaciones de un mismo universo.

W. LEIBNIZ, *Monadología*, LXXVIII.

La miró a los ojos y comprendió que en el mundo había gente buena. No era belleza -con ser hermosos-, ni piedad -con ser compasivos aquellos grandes ojos verdes-, ni esperanza ni inocencia ni verdad, ni luz tan siquiera –aun siendo una mirada ingenua, solícita y pacífica aquélla de los ojos verdes, enormes y frondosos-, no era, aunque estuviera *en*, eso lo que recibió como un hallazgo fortuito e insospechado, en la contemplación frontal de sus ojos. Lo que de alguna manera intuía, se le revelaba ante sí repentinamente, era la evidencia de la bondad del mundo, la certidumbre de que en aquellos ojos se encerraba toda la paz posible, el conocimiento tal vez, *su* conocimiento, el fin de esa búsqueda compulsiva, de la fuga ilustrada, del grito alejandrino, de los sollozos en quintas ascendentes... Al cabo, la armonía universal, presente, demostrada, dispuesta en el fondo de aquellos ojos que ahora miraban los suyos.

Guardó silencio y, quizá en el instante más feliz de su vida, quiso experimentar de nuevo ese descubrimiento insólito y colosal: la miró a los ojos y comprendió de nuevo que en el mundo había gente buena; pero, en el instante más largo de su vida, comprendió también que ella no le amaba...

Y siguió leyendo a Nietzsche. Luego escribió esta historia y se fue tranquilamente a dormir, seguro, otra vez, de volver a soñar con sus ojos y volver a mirarlos y volver a comprender que en el mundo había gente buena. Y ella le amaba.

SUEÑO II

...y así se duerme, bien sabes que es en este estado cuando mejor se alcanza la verdad y menos aparecen las nefandas visiones de los sueños.

PLATÓN, *La República*, 572a.

Cansado, se retiró a dormir y soñó que los signos, las ecuaciones y los teoremas, se elevaban, se separaban de la pizarra y se combinaban por sí mismos. Y por la mañana, cuando despertaba, aquellos signos, agotados por el ejercicio de la realidad, descansaban en posiciones perfectas. Allí estaba escrita la fórmula, el secreto de la vida.

Cuando en verdad despertó y vio la pizarra en blanco, entendió qué cosa era la ciencia.